

EL
CANTAR
DE
ALCIONE

FREDDY RIVADENEIRA

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del titular de derecho de autor.

© F. Rivadeneira G., 2014 R.P.I. en D.D.I. de DIBAM Chile: N°248121

Diseño de portada, interior y diagramación: F. Rivadeneira G.

Ilustración de portada : Carlos Palma Cruchaga

INDICE DE CAPÍTULOS

Prefacio	5
1. EN EL REINO DE LAS CUATRO ESTRELLAS	7
2. PLÁTICA	45
3. EL INFORME	48
4. INTERROGATORIO	50
5. LA MEDITACIÓN	58
6. BANDO 73	65
7. UNA HABITACIÓN DE BLANCO VIRGINAL	71
8. EL CAMPAMENTO	78
9. EL BARCO	95
10. NOVEDADES EN MÚUYAL	107
11. HECHOS IMPREVISTOS	115
12. CARRERA SIN NORTE	122
13. BAJO LAS OLAS	124
14. ENTREVISTA SUBREPTICIA	134
15. SESIÓN EXTRAORDINARIA	139
16. DIOSA DE ÉBANO	143
17. SEÑAL ENCRIPTADA	157
18. LA VÍA	168
19. MÉDICO POR ACCIDENTE	178
20. PARQUE DE MIS RECUERDOS	184
21. UNA SEÑORA SORDA Y SU GATO	199
22. TRAVESÍA	205
23. TRAS LA FIESTA	221
24. IMÁGENES DE CRISTAL	226
25. POR LOS OJOS DE BUEY	232
26. LA VOZ DE LOS SAUCES	236
27. SANGUIS	239
28. UNA PRUEBA DE LO INCREÍBLE	243
29. TRISTEZA	250
30. SOLEDAD	257

31. TERCERA NOCHE	262
32. SEXTO DÍA	284
33. SÉPTIMO DÍA	292
34. EL VALOR DE LA LEALTAD	343
Apéndice I	346
Apéndice II	347

Prefacio

A finales del siglo XXI la organización de países latinoamericanos conocida como CELAC incrementaba su influencia a pasos agigantados, interviniendo abiertamente en lejanos conflictos bélicos, haciendo sentir el gran peso de su voz en las Naciones Unidas, determinando la evolución de la economía mundial. Los Estados que conformaban la OTAN avizoraron un peligro inminente en el fortalecimiento de la pujante Latinoamérica, que ponía en riesgo cada vez más sus intereses a lo largo del globo. Debido a ello, el conflicto no se hizo esperar. Un sencillo altercado diplomático fue el pretexto ideal y se encendió con furia la voraz llama de la guerra.

La bárbara contienda se extendió por un largo tiempo y por una gran cantidad de localidades. Ante un fuerte revés militar de la OTAN, que parecía señalar el comienzo de su fin, sus países miembros se decidieron a actuar sin miramientos. Lanzaron al espacio una flota de naves de transporte que se posicionó sobre Sudamérica. Desde su interior surgieron miles de bombarderos robots que, desde la estratosfera, se abatieron sobre varias ciudades del subcontinente, descargando los más diversos explosivos químicos. Inútiles fueron los esfuerzos de los valientes soldados que controlaban la artillería anti-aérea, sobrepasados por enemigos más veloces que sus proyectiles. En el curso de una noche, millones de personas murieron. Santiago de Chile y la Provincia de Mendoza, en Argentina, virtualmente se esfumaron. Brasilia, Buenos Aires, Medellín y otras capitales resultaron con severos daños, pero lograrían reponerse.

Los latinoamericanos replicaron a través de grupos de agentes infiltrados que envenenaron las aguas de embalses en Norteamérica y Europa. También millones de personas fallecieron. Entonces, ante la proliferación de tanta desgracia, se firmó la Paz. Ninguno de los bandos se impuso verdaderamente como triunfador de esta atroz conflagración que con los años llegó a ser conocida como la Gran Guerra Química.


Sin embargo, algo en el corazón de América Latina cambió y se advertía que una profunda transformación social ocurriría. Los sectores más siniestrados de ésta - que alguna vez fueron la urbe central de Chile y una bella comarca de Argentina - permanecieron inhabitables durante años, aun cuando, varias semanas tras el ataque, la porfiada nube de gases tóxicos que los recubría, terminó siendo disuelta por los vientos. El pueblo chileno, cuyas principales instituciones habían sido evaporadas, debió reorganizarse. Se levantó contra los políticos del pasado, a quienes acusaban de ser los verdaderos responsables de la gran tragedia. La República fue derrocada. Se instituyó una Monarquía, pero de nuevo orden, que basaba su poder en la votación directa del pueblo. Desapareció el parlamento y en vez de sufragar por representantes ávidos de dinero, los ciudadanos eligieron, sin intermediarios, las leyes, como se hiciera en la antigua Atenas. Pronto la revolucionaria idea se propagó por el continente, derribando Congresos a lo largo de toda la zona.

Así fue el singular, trágico y, a la vez, esperanzador, origen de la nueva superpotencia. Porque, con el transcurso de las centurias, se difuminaron las divisiones entre los países que conformaban la CELAC. En la región llegó a existir una sola nacionalidad, a flamear una sola bandera, a cantarse un solo himno y respetarse un solo gobierno: el del Imperio de la Cruz del Sur.

Y la narración histórica que comienza a continuación, relata la magnífica gesta de recordados héroes que lucharon por preservar su existencia, ante la amenaza de un Mal que retornaba desde la noche de los tiempos.

PRIMER CAPÍTULO

EN EL REINO DE LAS CUATRO ESTRELLAS

l silencio, tan hondo como un duelo infinito, vagaba por entre los árboles y recovecos del gigantesco parque memorial. Los primeros rayos del alba comenzaban a despuntar y no lograban romper la frialdad de la larga noche que recién se retiraba. Un aroma intenso a humedad henchida de las fragancias del bosque impregnaba los aires. Los vagos destellos deambulaban entre las hojas silentes como espectros pequeños, sin aún dar forma completa a ningún objeto. El sosiego era muy profundo, como el de un abismo espacial, y parecía que incluso los mismos animales nocturnos, tan activos por lo general, respetaban el mutismo sepulcral de este increíble recinto. Y es que de verdad se trataba de un sitio muy singular, de miles y miles de hectáreas de vegetación protegida contra la acción nefasta del ser humano, pero que poseía innumerables senderos de mármol albo, conformando un intrincado laberinto de atmósfera fúnebre. Su paz intransigente, su flora atónita, su fauna subrepticia, sus sombras telúricas, todo ello constituía un paisaje singularísimo. Sin embargo, lo verdaderamente extraordinario del parque residía en su origen. Para entenderlo, debemos rememorar el horror de la Gran Guerra Química, de la eterna herida que tajeó la superficie y el alma de Sudamérica. No sólo consistió en la polución que permaneció durante décadas en los humillados suelos de la Región Metropolitana y la Provincia de Mendoza. También fue una profunda marca en la memoria de la humanidad, en el inconsciente colectivo. Era una atroz imagen de los increíbles extremos que puede alcanzar la crueldad humana. Los habitantes de Sudamérica sintieron que tal infame tragedia no debía ser borrada de los anales de la Historia, con la esperanza, quizás inútil, de que jamás volviera a repetirse. Por eso, apenas la vida renació por su cuenta sobre el desierto tóxico, se le permitió desarrollarse en libertad. El ingreso a los terrenos fue restringido y tanto la flora, como la fauna, se multiplicaron ajenas a cualquier intervención de los seres humanos, durante largos años. Era un asombroso camposanto sin tumbas, ya que de la mayor parte de las

millones de personas fallecidas, sólo quedó el polvo. Se transformó en el Parque y el cementerio más grandes de todos los tiempos, recibiendo el nombre de Parque Memorial Mandu'a Tupasÿ. Éste llegó a constituirse en un famoso monumento natural, renombrado a escala planetaria, que le recuerda al mundo cuán lejos puede llegar la inmisericordia del ser humano; pero también, que la vida siempre es más fuerte y retorna para ser aún más fuerte, miles de veces, como la luz del sol de la mañana que abate a las tinieblas. Con el tiempo se construyeron caminos de mármol entre sus explanadas y claros de bosque, para que pudiera ser visitado eventualmente por los habitantes de la cercana capital del Imperio, Múuyal. Éstos llegaban desde allá exclusivamente gracias a una vasta red de ascensores.

El motivo de utilizar elevadores, era simple, pero extraordinario: el singular emplazamiento de Múuyal, conocida también como la capital de las nubes. Tras decidirse a resguardar la virginidad de la naturaleza en Mandu'a Tupasÿ, fue necesario construir una gran urbe cercana, porque la población aumentaba en las inmediaciones de aquél. Entonces se levantaron recios pilares que emergían desde los bordes del Parque, a ambos lados de la cordillera. Sobre éstos se sostuvo una gigantesca metrópolis que unía al Distrito de Anti (antigua Mendoza) y Conti (otrora Santiago), gracias a un formidable puente que cruzaba Los Andes. Fue protegida dentro de un domo transparente, muy grueso, de un meta-material translúcido, más resistente que el acero, despertando la admiración del mundo. Satélites espejo, orbitando en la estratosfera, desviaban la luz solar durante el día, para que las penumbras generadas por la silueta de la ciudad fueran despejadas del bosque sacramental. De esa manera, las plantas y animales lograban proliferar sin óbices bajo la gigantesca construcción.

Comenzó, de esta manera, envuelto en el silencio, el amanecer asistido por satélites, en aquél prodigioso lugar de nombre Mandu'a Tupasÿ. Faltaban sólo un par de horas para que se celebrara un acontecimiento especial: una nueva versión de la ceremonia que conmemoraba el nacimiento del Imperio. El sitio elegido, desde hacía ya muchos años, era este mágico cementerio sin mausoleos, que es donde en realidad germinó aquél, junto con la renaciente naturaleza.

Para ello, antes de la construcción de Múuyal, los Príncipes de esas remotas centurias, habían establecido que un sector de Mandu'a Tupasÿ debía permanecer descubierto. Una muy extensa región triangular en el límite septentrional del parque Memorial fue elegida para ello. La monumental urbe entonces concluía donde comenzaba el linde sur de aquella. La luz del sol iluminaba directamente tal área y era posible contemplar de forma natural el azul infinito del firmamento. En el centro de la zona, sobre una gran planicie, se construyó un magnífico escenario, rodeado por dos altas cercas metálicas concéntricas. Era en tal sitio que se celebraba la nostálgica ceremonia.

Avanzó la mañana. Los elevadores funcionaban a toda capacidad, subiendo y bajando personas. La gente llegó de a poco y se instaló en los lugares permitidos, fuera del enrejado más céntrico, esperando a que arribaran los monarcas en el célebre tanque descomunal que los transporta. Nada fue dejado al azar por los organizadores: la seguridad de la familia real era lo más importante. Por ello, sólo se permitía el ingreso a la explanada central a personas, que hubieran retirado su invitación previamente. No obstante, los demás podrían ver de lejos. Los animales del bosque fúnebre advertían que un evento trascendental se aproximaba y permanecían dentro de sus refugios, atentos a cualquier perturbación foránea.

Los cercos robóticos externos, resguardados por cámaras y guardias cibernéticos, también se encontraban a la espera, pero de los protectores del Príncipe, de los miembros del Ejército. Pronto, cuando el sol ya terminó de asomarse por sobre la cordillera de los Andes, llegaron los primeros militares, a borde de jeeps sin ruedas, que flotaban sobre un colchón de aire, y en reactópteros silenciosos. Tras descender de sus vehículos, formaron un campamento improvisado junto al sendero central que emergía desde el gigantesco portón principal. Entre éste y el enrejado de la explanada, dónde se yergue el escenario, la gente común se aglomera, bastante lejos del camino mayor, por el momento. Todos saben que acercarse demasiado a éste podría constituir un delito grave y un gran riesgo, porque a través de él iba a transitar la Fortaleza Móvil de los Príncipes. Para amenizar la espera, algunos civiles formaban asados en torno

a sus quinchos portátiles, los que despedían aromas succulentos. Un poco más lejos, a través de accesos secundarios, no cesaban de arribar familias provenientes desde todos rincones de la Crux del Sur. Concluían sus travesías a pie, ya que habían debido estacionar sus autos a cierta distancia. Niños entusiasmados y padres estresados conformaban una verdadera marejada humana que crecía momento tras momento. Escaso tiempo después, llegaba un camión que contenía las gigantescas pantallas voladoras que permitirían - levitando a decenas de metros sobre el suelo - mostrar el evento a quienes no contaban con invitación para penetrar a la planicie. El pueblo lo recibió con jubilosa algarabía, mientras transitaba hacia aquella llanura.

Al contemplar aquella festiva escena, la joven Princesa exclamó:

-¿Ves? Fue buena la idea de los reproductores volantes. A la gente no le basta ver la imagen en sus dispositivos personales.

Su madre, con tono condescendiente, respondió:

-Parece que sí, hija, el mundo ha cambiado desde los tiempos en que tu padre y yo presidíamos esta ceremonia.

La joven soberana presenciaba el desarrollo de los momentos previos al acto público en el televisor tridimensional de la recámara destinada para ella, en el interior de la Fortaleza Móvil. Ésta ya había abandonado su refugio en el interior de la Cordillera. Descendía suavemente por el agreste terreno, socorrida por flexibles tractores orugas y hélices horizontales situadas en sus costados; las segundas eran necesarias debido al desmesurado peso del artefacto, obteniendo mayor velocidad al disminuir la carga sobre los primeros.

La Princesa recibía el nombre de Alcione y era idéntica a su madre, Victoria, anterior Majestad Imperial de la Crux del Sur. Ambas poseían un rostro rectangular, de ojos azules, grandes y rasgados en ángulo ascendente, cejas curvas, pómulos anchos, nariz ligeramente plana y boca mediana con labios sutilmente gruesos. De modo innegable, los ancestros de ellas eran predominantemente chinos. La única diferencia entre madre e hija, aparte de varias arrugas que el paso del tiempo dejó en la cara de la progenitora, era el color de sus finas y lacias cabelleras; Alcione era pelirroja, como su

padre, pero su mamá era rubia. A pesar de las apariencias, ninguna había nacido en el lejano oriente, sino que en la Comarca Lusófona, cerca de Río de Janeiro. La otrora Princesa Victoria era natural de aquella región. Cuando conoció al heredero de la corona, el príncipe Maximiliano, y aceptó su propuesta matrimonial, se trasladó a Múuyal con una única condición: que sus hijos nacieran y se criaran por unos años en su amada Comarca de origen. Así se procedió y los tres niños, Julio, Augusto y Alcione, gozaron de las renombradas playas de Copacabana durante su infancia. Aún vacacionaban en familia todos los veranos en Río de Janeiro e incluso se escapaban durante las otras estaciones del año unos días, porque sentían todos la añoranza de la tierra de procedencia.

La Princesa Alcione luchaba por dominar sus nervios. Como mujer vanidosa e insegura que era, deseaba encontrar el atuendo apropiado para impresionar a las visitas internacionales, pero sin ostentar demasiado. Su corazón era noble y compasivo, por lo que detestaba también lucir como una persona privilegiada, pero por otro lado, no podía olvidar que al evento posterior a la ceremonia asistirían representantes y miembros de todas las monarquías de Europa, además de Presidentes o delegados de diversas potencias mundiales. Su obligación era lucir una apariencia acorde. Además, ¿a qué mujer no le gusta verse bonita? Presa de esta contradicción, revisaba vestido tras vestido, obviando algunos por ser demasiado sencillos y otros por estar en exceso engalanados. Su madre se encargaba de accionar el proyector holográfico que reproducía los atuendos y accesorios que poseía en el archivo, sobre su propio cuerpo. Éste estaba ceñido por un traje blanco, de textura gomosa, que la transformaba en un telón humano. Desfilaban indumentarias de aires incaicos, mapuches, hispánicos, lusitanos e incluso prusianos. Nada la convencía. En eso, un repentino reparo asaltó su mente. La madre advirtió de inmediato el cambio de expresión de su hija, que dejaba traslucir una gran preocupación a través de sus ojos demasiado abiertos.

-¿Qué pasa Alcione?

-Mamá... Es que acabo de darme cuenta de que... he olvidado el discurso.

-¡Ya lo decía yo! No podía marchar todo tan correctamente.

-Sabes que tengo una memoria frágil.

-Sí, ¿y sabes dónde se te quedó?

-No. No... Creo que...

La joven se alejó del haz de luz y corrió al baño. La madre frunció el ceño y luego sonrió. Su pobre Alcione, tan distraída, ¿cómo era capaz de hacer frente al cargo que detentaba hoy? Pensó en los extraños acontecimientos que distanciaron a sus otros dos hijos del trono y la llevaron a ella, la menos formal de los tres, la menos realista, la más tierna, la más excéntrica y la menos locuaz, a ocupar tan alta investidura. “Por algo Dios hace las cosas”, pensó en medio de un suspiro y agregó “pero a veces oculta excesivamente bien sus motivos”.

La Princesa Alcione regresó apesadumbrada.

-No estaba-indicó.

-¿Y qué harás ahora?

Su Majestad meditó unos instantes y dijo:

-Hay una copia en mi computador del castillo. Me la enviaré por correo electrónico.

Utilizó su ordenador de pulsera para enviar un mensaje de voz urgente al equipo de su residencia. Éste respondió encendiéndose automáticamente y cumplió con la tarea solicitada, suspendiendo de nuevo sus funciones al concluirla.

Pasado el susto, la Princesa regresó a su posición en frente del foco luminiscente. Su mamá continuó mostrándole los conjuntos, sin lograr convencerla. Finalmente, frente uno de ellos, el etiquetado como número 58, Alcione exclamó:

-¡Este! ¡Este sí, mamá!

-Es precioso, hija.

Se trataba de un vestido blanco, largo, que alcanzaba los tobillos, de una sola pieza, escote redondo, hombros descubiertos y corte de silueta del tipo “sirena”. Una pléyade de esporádicos puntos dorados lo engalanaba de punta a cabo. Desde cada tirante, del área de los platismas, descendía una banda de color ámbar con un entorchado central dorado, que se

asemejaba a un almenado de estilo Badajoz, con una cuenta de vidrio roja en la mitad de sus pilastras. Sobre la cabeza, lucía un penacho de plumas sintéticas de pavo real, azules, verdes y rojas. Aquél emergía de una corona de tinte azafrán con la forma de una pirámide maya. Ceñía la base de tal corona, un trarilonco mapuche, formado por cuadrados de los que colgaban círculos. Un Tupo, o alfiler enjovado, circular, sujetaba en el inicio del pecho un trapelacucha, un prendedor encimado por un águila bífida del que se prolongaban tres cadenas talladas con imágenes de aves y semillas, finalizadas en un trapecio, un sükill, con el dibujo esquematizado de una estrella. Todos estos accesorios araucanos relucían con el inconfundible brillo de la plata.

-¡Sí! ¡Estoy segura! ¡Este debe ser! Es llamativo y, a la vez, representativo de las culturas originarias.

- Muy buena elección, hija.

-Mamá, por favor, ve a comunicarle mi decisión a la Asistente de Palacio, para que genere el traje con la impresora 3D. Ella está afuera, en el pasillo. Mientras, me voy a quitar este telón-ajuar.

-Bueno, querida. Pero apaga de inmediato el proyector.

La Dama Victoria salió apresuradamente a conversar con la susodicha, abriendo y cerrando la puerta herméticamente gracias al lector de huella digital.

¡Faltaba poco tiempo para llegar al Parque Memorial y recién acababa de decidir cómo vestir! Pero, bueno, consideraba que era mejor perder el tiempo en elegir correctamente sus atuendos, que presentarse ante el mundo de un modo errado. Comenzó a desvestirse junto a la cama y ante el nerviosismo del momento, se equivocó al presionar el blando interruptor del foco, aumentando la intensidad de su energía, en vez de suspenderla. El haz láser de éste era relativamente fuerte, pero incapaz de causar daño la mayor parte de las veces. La mayor parte... Desafortunadamente, atravesó de lado a lado la alcoba y su calor justo cayó sobre un arreglo floral de papel volantín que ella misma confeccionara, depositado en un florero plástico sobre su tocador. A los pocos segundos una pequeña llama se propagaba por el adorno. Tan concentrada estaba la

atolondrada Alcione que no se percató de ello. Alcanzó a desembarazarse del ajustado atavío y a colocarse la suave ropa interior, cuando un inconfundible olor a quemado la sobresaltó. Dirigió su vista a uno y otro lado, angustiada, hasta que reparó en la brasa que comenzaba a formarse sobre el decorado creado por sus propias manos. Se percató de que estaba originándose debido al equipo luminoso y lo desactivó. Empezó a caminar nerviosamente de un extremo a otro de su pieza, buscando agua. En ese instante ingresó su madre, que, mientras cerraba la entrada, advirtió lo que sucedía.

-¡Hija! ¡No apagaste el reflector!

Con un hilo de voz, Alcione, respondió:

-No... No... ¡¿Qué hago?! ¡¿Qué hago?!

Antes de que su progenitora respondiera, una idea apareció en su mente y corrió al baño. Regresó con agua dentro del vaso que utilizaba para el cepillo de dientes y la volcó sobre la flama. Como era pequeña, se apagó de inmediato.

Ambas revisaron las chamuscadas flores de papel y el mueble en busca de rescoldos ocultos, pero no hallaron ningún vestigio del fuego. Cuando estuvieron ciertas de que el peligro había pasado, se miraron y comenzaron a reír a carcajadas, de pie, una frente a la otra.

El tintineo del timbre las interrumpió.

-¿Quién es?-interrogó Alcione a través del citófono.

-Soy yo, Gael.

Reconociendo su inconfundible voz grave, la joven se alarmó y susurró a su madre:

-Mi esposo acude ya a buscarme, debe ser muy tarde.

-Hija-musitó la Dama Victoria-, así debe ser, pero tu asistente ya trae el vestido.

-¡Espera un poco!-gritó la soberana a Gael.

-Está bien.

Las expresiones de ellas se habían tornado de improviso muy solemnes, al escuchar la voz del monarca. Al cesar ésta, se miraron fijamente a los ojos y recordaron la divertida anécdota de un momento

atrás. Una risa muy fuerte asomó hasta sus labios, de modo que lucharon por contenerla, apretándolos bien fuerte.

-Mamá, por mientras voy a ponerme una bata, simplemente.

-Bueno.

Alcione cogió dicha prenda, que reposaba sobre su lecho, junto a sus ositos de peluche rosados, adornos invariables de aquél. Se la enfundó, ciñéndola con su cinto de algodón. Luego, presionó el botón que abría la puerta.

Vestido de modo impecable con su uniforme de ceremonias, penetró Gael II, Príncipe y Newen Toqui de la Crux Austral. Con su casco pickelhaube dorado, decorado por un penacho negro, sonrió apenas vio a Alcione envuelta por un traje tan holgado. La besó suavemente en la boca y exclamó:

-Estás retrasada, para variar tu costumbre.

-Sí, un poco, corazón, pero ya escogí mi vestido y viene en camino.

Gael II era bastante más alto que su esposa. Sin embargo, compartían el vivo color rojo que pigmentaba las cabelleras de ambos, aunque la de él era muy corta, como la de un buen uniformado. Los ojos de él eran verdes y redondos. Destacaba su larga nariz de perfil griego dentro de un albo rostro largo y delgado de mejillas sonrosadas, coronado por una frente recta. Sus hombros muy anchos, piernas largas y gran estatura, le otorgaban un aire de autoridad que hacía juego perfecto con el atuendo de gala. Éste traje se componía de un mono dorado, comprimido herméticamente contra la piel desde el cuello a los pies, cubriendo también los brazos. Superpuesto al tórax lucía un metálico peto negro con ornamentos áureos: medallas, presillas, cordones, vueltas de piel y alamares, que le daban el aspecto de un antiguo dormán de los Húsares. El monarca exhibía también hombreras negras con multicolores insignias de rango, guanteletes, codales, rodilleras y esarpes, protecciones todas, también, de una aleación de tono bruno. Finalmente, una larga capa del color de la noche con ribetes dorados surgía de sus hombros. Un indudable donaire, una majestuosidad imperial y una tremenda determinación, envolvían su andar.

La Dama Victoria saludó a Gael II y se retiró, argumentando que asimismo ella debía apresurarse para completar sus preparativos personales.

Ya solos, el monarca se sentó al pie de la cama. La joven Princesa permaneció de pie y lo contempló unos segundos.

-¿Qué sucede?-interrogó él.

-Oh, es que aún no lo puedo creer. Hace una semana que nos casamos y ahora ya vamos a presidir la ceremonia más importante entre todas las de nuestras tradiciones.

Él escuchó muy serio.

-Ayer-prosiguió la joven, mientras deambulaba por su habitación, con la mirada errante, buscando entre sus recuerdos-pensaba en lo terrible que fue todo...

-Sí, así es, fue una época muy difícil.

-Yo jamás esperé que hubiera tanta oposición de militares y miembros de mi Orden Mística para que nos casáramos.

-Yo sabía lo de los uniformados. Pero no me imaginaba lo de las cotorras illuminati.

-¡Oh!-rugió suavemente ella, volviéndose hacia él con una mirada de cierta ira-. De nuevo tu sarcasmo. ¡No somos un grupo de amigas ni un centro de Madres! ¡Somos el Gran Círculo de La Luz! Somos herederas de una milenaria tradición mística basada en el sacrificio y la reflexión que...

- Que lucha por -interrumpió él, mofándose- iluminar el camino de la humanidad hacia su ascenso espiritual. Me sé de memoria la declaración de principios. Respeto tus creencias, pero sabes que...

Él se incorporó y trató de abrazarla, pero ella se apartó. Dándole la espalda le dijo:

-Si las respetas, entonces, no te burles.

Él, arrepentido, entendiendo que su broma había llegado demasiado lejos, contestó:

-Está bien. No quise ofenderte.

Ella volvió a encararlo, pero ahora con una expresión más dulce.

-Sabes que soy muy escéptico-prosiguió él-. Todos esos supuestos contactos místicos, los viajes astrales, eso de leer libros de papel y renegar de algunas tecnologías... Todo eso me parece más bien como autosugestión y sectarismo...

-La Providencia te tomará un día de la mano y te llevará por el verdadero camino de la luz.

-La única que me puede tomar de la mano eres tú, ninguna otra.

-Lo sé. A veces la Providencia tiene emisarios donde menos se espera.

-Quién sabe. Lo único que tengo claro es que esas mujeres tienen mucha influencia sobre ti. Con sus intrigas casi evitan que nos casáramos, todo porque "soy hijo de".

Él la abrazó y ella no opuso resistencia.

-Lo esperaba de los antiguos camaradas de armas de mi padre, de aquellos que lo traicionaron, pero de nadie más.

-Es que tu padre es un personaje muy controvertido...

Efectivamente, el progenitor de Gael II había sido un General famoso, hoy ya jubilado, que combatiera en el conflicto del Caribe. Dado su carácter ultranacionalista, su intención era no sólo apropiarse de las Islas, sino invadir también Norteamérica, pero no contó con el apoyo suficiente para una operación masiva. No obstante, sí logró desplegar un contingente del Ejército Cruzado, durante un tiempo, en Florida. Además era un fanático de la Iglesia Católica que denostaba públicamente a otros credos.

-Pero es muy buena persona, a pesar de todo-agregó ella, cerrando sus ojos para recibir un beso de su amado, quién comprendió en el acto la petición indirecta de ella y la satisfizo.

Apenas se supo del romance de Alcione, oficiales de alto rango y cófrades del Círculo de la luz habían unido esfuerzos para evitar que Gael pudiera acceder al trono, al casarse con una de las herederas. Desde las sombras, urdieron indignas intrigas, generaron situaciones adversas, propagaron falsos rumores... Ajenos a lo que dijeran los demás, los jóvenes lucharon por su amor. Se fugaron, permanecieron varias semanas ocultos entre las montañas, en un refugio para Andinistas. Intentaron evadir su destino. Pero finalmente, hacía tan sólo unas semanas, el sino de

convertirse en soberanos advino a la realidad. Tras ser descubiertos en su escondite los enamorados, se produjo una pugna con las autoridades, evidenciándose públicamente la conjura contra ellos, y los amantes retornaron triunfantes de su autoexilio. Se organizó rápidamente la boda. Fue entonces que Maximiliano III renunció al trono en favor de su hija. Los adversarios de la pareja no tuvieron más que aceptar a sus nuevos soberanos. La ley establecía que la heredera o heredero de la Casa Real que siguiera una carrera militar o policíaca, se convertía automáticamente en el sucesor del Monarca, apenas éste concluyera su mandato o abdicara. Si ninguno de los descendientes legítimos pertenecía a las Fuerzas Armadas o de Orden, como en el caso de Alcione y sus hermanos, aquél que contrajera matrimonio con un uniformado o uniformada, se transformaría inmediatamente en Gobernante Imperial.

-Pero qué bueno-finalizó Alcione- que tú eres más tolerante.

-Sí. Si no, probablemente no me hubiera enamorado de ti. A veces me cuesta aceptar tus ideas algo excéntricas...

-Lo sé. Sé que me amas conociendo mis virtudes y defectos-respondió con un alegre tono secarrón, refugiada aún en el pecho de su amado.-Soy tan feliz de que al fin somos esposos.

-Yo también. Con el tiempo aprenderé a aceptar tus rarezas. Sólo faltan nuestros hijos para sellar nuestra unión.

-Así es. Una parejita que perpetúe la obra de nuestro amor. ¡Seremos tan felices de aquí en adelante!

Luego de unos minutos de conversación, los interrumpió la Asistente que llegaba con el vestido de la joven.

-Apresúrate para que lleguemos a tiempo a la cápsula-le indicó Gael a Alcione.

Ante la vista de la joven recién llegada, los enamorados se entrelazaron en un delicado abrazo. Un suave beso en los labios engalanó la escena.

-Te amo-señaló Gael, a modo de despedida.

-Yo más a ti- respondió la joven soberana.

-No yo más a ti.

-No, yo más.

-No, yo.

Una carcajada cómplice afloró a los labios de ambos recién casados. Este era su ritual de despedida desde que surgiera el romance entre ellos. Sólo entonces se separaron. Se despidieron, muy optimistas. Ignoraban el espeluznante peligro que se avecinaba.

Cerca de las dos de la tarde el pueblo se encontraba eufórico e impaciente, ya que habían ingresado varias caravanas de contingentes de militares y containers, pero los monarcas no aparecían por ningún lado. Debido a razones de seguridad, la información sobre la hora de su llegada había sido imprecisa: entre el mediodía y el atardecer. Se abrió la descomunal reja de acceso a la explanada central y los equipos de seguridad comenzaron a controlar la identidad de las personas que portaban su invitación. Alguien comenzó una trifulca porque quería acceder sin entrada, sumándose después otros tipos desesperados. Se armó un boche fenomenal, con patadas, gritos, empujones, olor a sudor y combos que iban y venían. Los guardias debieron llamar a refuerzos, porque la riña se expandía de a poco.

Entonces, ocurrió. Un ronroneo grave y lejano, que se acercaba, hizo que algunos exclamaran de asombro. Continuaba la pelea, pero el ruido se hizo más fuerte con rapidez, como si un gigante arrastrara una montaña en la lejanía. Entonces la mayor parte de los que luchaban, callaron, y cuando el rumor se transformó en estruendo, todos enmudecieron. En ese momento, lo vieron. Se aproximaba por el camino más ancho que llevaba al parque, perfilándose su silueta mecánica por sobre la copa de los árboles. Varias torretas plateadas y largos cañones dorados fueron el primer indicio. Luego, al doblar por la última curva, pudieron admirar el contorno monumental del vehículo que se aproximaba. Los militares corrieron prestos a despejar el camino y la entrada principal, la cual abrió sus compuertas especiales ubicadas a los costados expandiéndola al máximo. Nadie pudo contener la sorpresa al contemplar la llegada de la Fortaleza Móvil Real. Pese a ser el más pequeño de los tanques Imperiales, su aspecto era abrumador. Medía más de ciento veinte metros de largo, cincuenta de ancho y cuarenta de

alto. El coloso se asemejaba a un crucero estelar. Esto, debido a su forma parecida a un aerodinámico tetraedro alargado, aplanado, de punta redondeada, con un fuselaje dividido en muchas placas coloreadas con los diferentes matices del oro y la plata, adornadas por intermitentes balizas rojas o azules y focos luminosos amarillos. Una enorme variedad de ametralladoras y cañones de todos los colores y calibres recubría su imponente armazón de titanio argentado, capaz de resistir explosiones nucleares directas. En el centro de su parte delantera, un tridente de color verde constituía el cañón principal, un arma de plasma capaz de fundir una división completa de artillería pesada. Bajo tal dispositivo letal la marmórea efígie de un puma rampante sobresalía, a modo de intimidante mascarón de proa. Y en la parte más central del armatoste, se alzaba una larguísima torreta, brillante y escarlata como el rubí, en cuya cúspide había una cápsula transparente. Desde su interior, los serenísimos monarcas saludaban al pueblo agitando las manos, levitando con tranquilidad gracias a un efecto electromagnético.

El pueblo entero, mudo, inclinó la cabeza en una reverencia masiva. Era la costumbre rendir respeto a los adalides del pueblo de esta forma moderada, no arrodillándose, como lo fuera en un pasado remoto.

El Príncipe, como siempre, exhibía una amplia sonrisa, como si estuviera sumamente divertido, atento a todo lo que acontecía. La soberana, en cambio, se comportaba mucho más seria, y demostraba un aire distraído.

Las descomunales orugas avanzaban sobre el camino, horadándolo apenas, gracias a las hélices laterales. Así, entre medio de la taciturna reverencia y el estruendo estrepitoso de su avance, el ciclópeo artilugio de guerra hizo su ingreso al parque. Apenas terminó de entrar, se oyó una ovación pronunciada por miles de voces:

-¡Vivan los Príncipes! ¡Vivan el pueblo y su imperio!-entonaron en un principio con mucho júbilo y luego, con más solemnidad -¡Vivan para siempre!

Estaba todo listo. Únicamente faltaba esperar como máximo una hora para oír el emotivo discurso de los monarcas. Esta ceremonia iba a ser una

ocasión inolvidable para muchas personas, ya que la conmemoración del nacimiento del Imperio de la Cruz del Sur se realizaba una vez cada diez años y lograr retirar la invitación era todo un logro: para ello algunas personas habían acampado incluso una semana a las afueras de la secretaría de eventos públicos, institución que tenía a su cargo la organización. Cualquier arduo esfuerzo valía la pena para participar de este momento histórico.

Comenzaron a retumbar los primeros acordes de la canción Imperial y la gente se agolpó contra las rejas de protección, intentando acercarse lo más posible al escenario. Junto a éste, permanecía quieta la Fortaleza Móvil Real, en su flanco occidental. Una brisa suave, teñida por los aromas de la naturaleza libre, inundó la solemne escena.

En su blindada cápsula transparente los Príncipes acompañaron el himno, entonando las estrofas en voz baja. En medio del escenario era posible contemplar al coro de niños que cantaba, los cuales estaban ataviados con una túnica de un solo color, el azul, el rojo o el dorado, colores de la bandera desde la Guerra del Caribe. Cuando finalizaron los niños, hubo un gran aplauso y ellos se retiraron del escenario con una reverencia hacia los Príncipes. Entonces, uno tras otro, se presentaron tres cantantes y dos grupos famosos que interpretaban un par de sus éxitos más conocidos, llevando al delirio al público que saltaba eufórico. Tras ello se proyectó un cortometraje que resumía la génesis del Imperio, desde la desaparición de Santiago y Mendoza; luego, narraba la abolición del Parlamento, el establecimiento de los sufragios universales regulares, las nuevas prohibiciones y regulaciones para los partidos políticos; finalmente, concluía con la consolidación de la Monarquía como la cabeza de una Gran Nación Latinoamericana, regido por la Ley del Pueblo.

Tras ello se exhibió otro cortometraje que relataba una reconstrucción de la vida en las dos desaparecidas ciudades, en base a vagos relatos, imprecisas descripciones de antiguos textos y esporádicos hallazgos arqueológicos.

Al finalizar, era el momento para escuchar el discurso de las majestades, tras el cual se presentarían aún más artistas, para concluir el

acto con un impresionante espectáculo de fuegos artificiales, hologramas gigantes y maniobras de avionetas acrobáticas, engalanadas por luces de múltiples colores.

Las minúsculas cámaras voladoras enfocaron el hermoso rostro de la Princesa. Su belleza exótica y solemne era enmarcada por el traje que tanto le había costado elegir y un bello peinado cónico del que colgaban dos largos risos, uno a cada lado de la cara. Junto a ella, fuera de la cabina, flameaba un holograma singular. Se trataba del emblema del imperio, el Calfupan: un guerrero humanoide con rostro de puma que rugía con el hocico abierto, portando una larga lanza, en la mano derecha, y un escudo con las estrellas de la Crux del Sur, en la izquierda. La Princesa lucía levemente nerviosa, aunque todos sus esfuerzos estaban dirigidos a disimular este hecho.

Las monumentales pantallas LED -de por lo menos ochenta por cien metros la más pequeña-, flotaban de un lado a otro, como traviesos pterodáctilos, mostrando las delicadas facciones de la soberana, a cientos de millones de ciudadanos que nunca la habían visto antes tan real y tan cercana, en vivo y en directo, sino exclusivamente en las grabaciones de los noticiarios. El Príncipe esperaba su turno, detrás de la Princesa, levitando al igual que ella, en el interior de la cápsula translúcida; él sería el segundo en dirigirse a la nación, debido a que ella era la heredera biológica del trono, lo que le asignaba una mayor importancia.

La joven Alteza Imperial activó su nano-tablet, el cual comenzó a proyectar un holograma con forma de papiro que contenía el discurso y comenzó a declamarlo.

-Señoras y Señores, amados pilares del Imperio de la Crux del Sur: hace diez años, los pasados Príncipes presidieron este magno acto. Mi padre, el anterior monarca, cumplió cabalmente con su deber heredado. Este no fue otro que llevar a cabo al pie de la letra los mandatos de nuestros ciudadanos, verdaderos Emperadores y Emperatrices de la Crux del Sur, según nuestra constitución. Como Príncipe ejecutivo, persiguió con mano dura a quienes violaron los derechos humanos de sus conciudadanos, fue severo en muchos casos y magnánimo en otros. Por eso él es bien...

La bella y joven soberana apenas concluyó la palabra, porque un viento muy fuerte comenzó a soplar y sacudió violentamente la cápsula. Se escuchó una tremenda algarabía y miles de gritos de sorpresa que ascendieron desde el público. Se trataba de una borrasca muy fuerte y repentina, como un huracán, pero el cielo estaba despejado. Lo más sorprendente es que el viento descendía verticalmente; no provenía de ningún punto cardinal, simplemente bajaba desde algún punto próximo al escenario, hacia su vacío costado este, ya que en el del Oeste se encontraba apostado el Tanque de la Realeza. Nadie comprendía nada, porque el viento aumentó aún más su intensidad. Mucha gente comenzó a desplomarse. Un gran número de espectadores se alejó del lugar, en medio de una incipiente estampida. La real consorte miró a su Príncipe, pálida y muda, pidiendo explicaciones. Él se encogió de hombros, tan nervioso, en el fondo, como ella y, reprimiendo su angustia, activó el comunicador de su muñeca izquierda:

- Seguridad, aquí el Príncipe, ¿qué sucede?

Solamente le respondió una estridente interferencia.

- Seguridad - insistió, con voz perentoria -. Conteste. Soy el Príncipe, código rojo, ¿qué sucede?

Lo que aparentaba ser un sobrenatural torbellino seguía incrementando su fuerza con gran rapidez.

El Príncipe habló una vez más, declarando nuevamente la alerta de máxima emergencia:

- ¡Código rojo! Seguridad, ¿estamos en problemas? ¿Qué pasa?

Nadie, sólo un boche electrónico, respondió. Él miró con rostro preocupado a la Princesa. Ella apretaba con nerviosismo su nano-tablet, tanto, que por mero accidente, desactivó el holo-proyector, esfumándose el papiro electrónico. Con respiración agitada, dirigió al soberano otra intrigada mirada. Sin embargo, Gael II, no pronunciaba una sola palabra y oteó, desconcertado hacia el gran círculo de polvo agitado por el viento que había quedado allá abajo, al retirarse en estampida los intriguados espectadores.

Mientras tanto, en el interior del tanque, el grupo de seguridad que

iba siempre a bordo, había despachado una docena de efectivos hacia la cápsula transparente. No habían recibido ninguna de las llamadas del monarca, pero se declaró alerta roja, porque una falla total de comunicaciones, de causa desconocida, acababa de iniciarse. A eso se sumaba la presencia del extraño torbellino, que para algunos poseía las características de un tornado. En cualquier momento, los doce uniformados, protegidos por exoesqueletos armados de artillería liviana, arribarían a la escotilla más cercana a la cápsula. Los seguía un pequeño vehículo blindado, que se desplazaba sobre orugas, guiado por un solo tripulante, pero que contaba con un cañón de granadas anti-aéreas.

En tanto, en el exterior, deambulaban los efectivos del Ejército, intentando comunicarse con señas de mano y pestañeos de luces desde los vehículos, organizándose desordenada y desesperadamente. Esa repentina falla general de las transmisiones, para ellos, podía significar sólo una cosa: alguien las estaba interfiriendo con algún tipo de aparato ignorado. Por lo tanto, el tiempo apremiaba y todos corrían.

En ese momento, un sonido agudo, semejante al chispeo eléctrico, bajó desde el cielo. Al instante, en el aparente vacío del aire sobre el escenario, comenzó a emerger una silueta pavorosa, lentamente, como si la atmósfera fuera tiñendo de a poco un horrible óleo. De la nada, surgió la solitaria arista de un desconocido aparato, luego un cono, más tarde un cilindro completo bajo éste. Múltiples luces brillaban sobre su superficie de metal, pintada por los colores que componían el camuflaje militar para selva. Un instante después, se repitió la asombrosa aparición en las proximidades, sobre el sitio abandonado por los espectadores. Pero el camuflaje de esta segunda máquina no era verde y negro, sino blanco y gris, como el usado por los uniformados que operan en la alta montaña.

Pues bien, el temor de los soldados Cruzados había sido confirmado. El apagón de las radiotransmisiones era de origen artificial. Un repentino ataque se desarrollaba. Ahora era claro: dos cohetes de gran envergadura estaban aterrizando, uno sobre el escenario y otro, sobre la planicie. Los tripulantes de las cosmonaves habían desconectado ya su manto de invisibilidad: nano-cámaras teledirigidas que proyectaban un holograma que

simulaba el cielo claro. El torbellino misterioso no era sino la borrasca expulsada por las retro-turbinas de los gigantescos vehículos aeroespaciales. La angustiante verdad acababa de ser revelada.

Ante esta escena, el Príncipe comprendió de inmediato lo que ocurría. Presionó el botón que encogía el pilar basal de la cápsula, para que ésta se retrajera hasta la seguridad interior del tanque real. Justo en ese instante se asomó el primer exoesqueleto desde la escotilla más próxima.

El cohete con camuflaje selvático se posó sobre el escenario y con su peso gigantesco lo derrumbó totalmente, en medio de un ominoso estruendo de planchas, barras y equipos que se hacían añicos. Al parecer, esto no estaba previsto, pues el cohete quedó bastante ladeado, al posarse, asemejándose a la arcaica torre de Pisa. El otro cohete no tuvo problemas y aterrizó completamente erguido.

Alguien, entre los cuerpos de seguridad terrestre, dio la orden de abrir fuego y unas escasas ráfagas de metralla se cernieron sobre el primer cohete en descender, el que estaba sobre el escenario. Sin embargo, no hubo respuesta alguna de los invasores.

Faltaban sólo veinte metros para que se replegara totalmente el pilar, cuando un agudo silbido atravesó los aires, proveniente desde algún lejano escondite entre los árboles situados tras la Fortaleza Móvil. Un destello veloz lo acompañó, cruzando la atmósfera en torno al pilar y éste crujió, como cuando cortan metal. Los pocos soldados con exoesqueletos que se percataron de este suceso, mientras la cápsula continuaba bajando, trataron de advertir a los monarcas, gritando a través de los poderosos altavoces de sus armaduras:

-¡Alto! ¡Pare la cápsula!

-¡Alto! ¡Alto!

El Príncipe no los oyó, pero, transcurridos unos segundos, notó que los efectivos salidos de la escotilla insistían que se detuviera haciendo gestos con sus manos. Entonces, presionó el botón que detenía el motor.

-¿Qué pasa? ¿Por qué nos detenemos?- le chilló su esposa.

-Mira- replicó y con un gesto indicó hacia el grupo de militares-, ellos me pidieron que lo hiciera.

Ella los miró con furia, sin comprender que estaban alertándolos de un grave peligro.

Abajo, en el puente de mando, se dio la orden de atacar los cohetes. Coordinar esta tarea era imposible del modo habitual, ya que la comunicación entre las distintas zonas del vehículo también se efectuaba mediante ondas de radio. Por ello, el Comandante de la Fortaleza, Sebastián Leigh, envió a un par de cabos con sus instrucciones hacia el cuarto de control del cañón principal. La idea era que después lo transmitieran también en las salas que comandaban el resto de la artillería. Pero no irían lento, porque abordaron una motocicleta eléctrica que, hasta ese momento, se usaba sólo para los casos de emergencia médica.

A diferencia de lo que sucedía en el súper-tanque, afuera, el mandato de abrir fuego ya se había generalizado, gracias al boca a boca. Cientos de metralletas lanzaban sus balas de titanio hacia ambos cohetes, hollando, con incontables pequeños golpes, las placas que los cubrían. Sin embargo, esto no constituía un gran daño. Desde el segundo cohete, el de la planicie, surgió una torreta desde lo alto de su cúspide. Hubo un chasquido eléctrico y el resto de las balas fue desviado por un poderoso campo magnético, que las mantuvo suspendidas alrededor de la estructura blanca y gris por unos segundos, como una gran nube de moscas. Luego las balas se desplomaron hacia el piso, como una lluvia de granizos oscuros, sin dañar a nadie. El fuego de los soldados continuaba y las balas volvieron a impactar al vehículo por unos segundos, pero se repitió el proceso, nuevamente un nubarrón umbrío rodeó al aparato invasor y volvió a desplomarse en forma de millones de gotas metálicas. El primer cohete, al parecer afectado por su inclinación, no lograba reaccionar. De hecho, no lo consiguió sino hasta el momento en el que el segundo navío aeroespacial repetía su proceso de defensa; sólo entonces, activó el propio, aminorando, gracias a su campo electromagnético, la efectividad de la agresión desde tierra.

Provenientes del exterior de la explanada, llegó un reducido grupo de jeeps con cañones antitanque y lanzaron sus pequeños misiles contra el segundo cohete. Pero desde uno de sus costados emergió un ancho y corto cañón giratorio. Éste desató una ráfaga de bolas de fuego que destruyeron

en el aire a cada uno de aquellos obuses. Mientras tanto, ambas naves continuaban levantando sus escudos magnéticos una y otra vez contra las incesantes descargas de los Cruzados. Anulaban incluso el efecto de las “Supernovas de metal”, ametralladoras pesadas automatizadas, que lograban disparar decenas de millones de balas por minuto.

El Príncipe abrazaba a su esposa, manteniéndola en el fondo de la cápsula. Él dirigía señas hacia los soldados del tanque que, también mediante gestos, le explicaron que el pilar que sostenía la cápsula había sido cortado por algún objeto arrojado desde gran distancia. No se equivocaban, y, gracias a Dios, esa hoja filosa había errado nimiamente la trayectoria, sin atravesar totalmente la torreta. Lo efectivos le solicitaban al Príncipe que él y su esposa esperaran, pues aún no sabían cómo bajarlos. La integridad física de los monarcas dependía sólo de diez centímetros de titanio aún intactos.

En ese momento, el segundo cohete arrojó unos ganchos sostenidos por cables desde su contorno y estos se afianzaron firmemente en el piso a su alrededor. Muchos militares y espectadores observaron este acto, intrigados: ¿para qué asegurar un vehículo volador de esa manera? ¿Cómo escaparía luego? Al punto tuvieron su aterrizadora respuesta. La cosmonave incrementó el trabajo de sus toberas a máxima potencia, elevándose apenas unos metros, siendo sujeta a tierra por los garfios. Esta acción levantó una nube de polvo y fuego, más una poderosa onda expansiva, que derribó a muchísimas personas, cegando también a todo el mundo, más de un minuto. Los civiles, refugiados entre los millones de árboles del parque, a mediana distancia, contemplaban con pavor la terrible escena y volvieron a escapar, perdiéndose muchos en el majestuoso bosque, buscando interponer aún más espacio entre ellos y la confrontación.

La onda expansiva golpeó también al tanque, que pesaba cientos de toneladas, y apenas se movió. Sin embargo, un momento más tarde, las toberas del segundo cohete redoblaron su empuje. Entonces, el otrora invencible vehículo, comenzó a vibrar suavemente.

El escenario, despedazándose, empezó a volar, como ropas desprendidas de un cordel por una terrible tempestad, hasta desaparecer en

la distancia. Gracias a este hecho, el primer cohete resultó liberado; se bamboleó, activó ligeramente una de sus retro-turbinas, buscando hallar nuevamente su centro de gravedad, y consiguió enderezarse.

Los soldados que estaban junto a la torreta, privados de la vista por el polvo y el humo, temieron que cayera la cápsula. Uno de ellos, se desprendió de su armadura y principió a trepar el pilar, auxiliado por unos ganchos de seguridad que extrajera de su traje. Un segundo y un tercero le siguieron.

El primer navío aeroespacial había logrado asentarse por fin. Arrojó al piso sus garfios ciclópeos, iguales que los del segundo vehículo, activando también sus toberas a máxima potencia. La onda expansiva y la nube tóxica, que ya eran terribles, se duplicaron, alcanzando su impacto incluso a bastantes espectadores que se encontraban ya a más de un kilómetro. La totalidad de los efectivos que estaban de pie, se desplomaron. Muchos árboles se derrumbaron o comenzaron a volar.

El primer cohete también contaba con cañones que arrojaban bolas de fuego. Los activó, y atacó a los soldados que estaban tendidos, con resultados letales.

El tanque vibró doblemente fuerte. Los tres soldados que trepaban, cayeron desde varios metros de altura y se azotaron, perdiendo la consciencia. Los últimos centímetros del pilar metálico que evitaban la caída de la cabina, crujieron y se trizaron completamente. El resto superior de la torreta perdió el equilibrio y se desplomó, rebotando en la estructura del tanque dos veces. El Príncipe se golpeó la cabeza y se desmayó, soltando a la soberana. Con el segundo y último rebote, la cápsula se trizó. La joven Alteza imperial chilló, aferrándose a un gran pedazo de cristal que resbaló por la superficie de la Fortaleza Móvil. Un soldado en su exoesqueleto, que pudo verla entremedio del humo, saltó a auxiliarla. Como sobre una siniestra lancha desbocada, ella continuaba deslizándose a enorme velocidad. No cesaba de gritar, aterrorizada.

El soldado estuvo a un metro de ella, extendió el brazo para coger su mano, pero una bola de llamas surgida de entre las penumbras, le impactó. Aunque evitó que resultara con quemaduras, la armadura terminó cediendo

y se quebró. Él trastabilló y cayó de espaldas. En tanto, la Princesa Alcione continuó resbalando rápidamente y, en medio del humo, se difuminaron sus gritos de socorro, como el último rayo del sol en un mar tenebroso. El soldado brincó fuera de su exoesqueleto y buscó refugio, justo a tiempo, porque una segunda bola de fuego golpeó a lo que quedaba de éste y lo partió en pedazos.

Otro soldado, en el intertanto, había corrido hacia el Príncipe, encontrándolo inconsciente, sepultado por algunos restos de la esfera protectora. Intentó reanimarlo, sacudiéndolo y hablándole, pero fue inútil. Escuchó al primer impacto flamígero que tronchara la armadura de su compañero. Giró la cabeza, presenciando el segundo y final. Consideró que era imprescindible sacar al monarca lo más rápido posible de ese peligroso sitio e introducirlo al interior del tanque. Extendió los gruesos brazos metálicos de su exoesqueleto, que pronunciaron un bufido hidráulico. Izó al monarca y lo cargó, caminando con la mayor rapidez posible. Su avance era difícil debido a que aún persistía la borrasca de humo y fuego, sumada a la aguda vibración del tanque. Le daba la impresión de andar de noche sobre un camino jabonoso, portando en sus brazos, por si fuera poco, a una de las personas más importantes del continente.

Desde la base más próxima, arribaron los refuerzos. Al perderse contacto radial con la Fortaleza Móvil y los soldados apostados en Mandu'a Tupasÿ, se temió una desgracia. Al instante, el Comando Central había despachado apoyo aéreo y terrestre. Los infantes recién llegados se mantuvieron aguardando en el exterior del Parque Santuario, prudentemente, debido a que únicamente lograban distinguir una gigantesca humareda y nada más. En vano, intentaron contacto radial y visual con los aviones enviados como su contraparte en los cielos. Se habían esfumado al momento de sobrevolar áreas cercanas al parque.

Dentro de la Fortaleza, en la sala de mando del cañón principal, la orden de abrir fuego ya había sido recibida. Pero las cámaras externas mostraban sólo humo o interferencia y el radar continuaba anulado. Sin embargo, se realizó la carga completa para un disparo, aguardando a que mejoraran las condiciones visuales.

Las toberas de ambos cohetes enmudecieron. Antes de disiparse la cortina de humo, los vehículos invasores abrieron fuego en contra de los refuerzos apostados en la lejanía. Aquellos no tuvieron tiempo de reaccionar. Hileras de bolas incandescentes, minúsculos soles tenebrosos, se cernieron con la frecuencia de una ráfaga de ametralladora sobre jeeps, soldados a pie y camiones. Muchos vieron surgir ese fuego letal desde la penumbra, un único segundo, y abandonaron este mundo. La orden fue de repliegue inmediato. Sin enemigo visible, esta era la única opción. Ninguno de ellos tenía conocimiento de los cohetes; esto explicaba la incomprensible ausencia de la caballería blindada y la artillería antiaérea.

El humo empezó a difuminarse por obra de un milagroso viento. Entre las sombras chirriaron puentes ocultos, al desplegarse. Los soldados que aún permanecían cerca de los navíos aeroespaciales, comprendieron que se iniciaba el desembarco de las tropas invasoras. Un oficial de alto rango envió a un mensajero. Éste debía contactarse con los supuestos refuerzos movilizados a las puertas del Parque Santuario. La hondonada persistente de bolas flamígeras, lanzadas un instante atrás en esa dirección, lo llevaba a presumir su existencia. “Máximo cuidado”, le ordenó, “rapidez e información exacta de la situación”.

Los puentes, aún velados por retazos de la nube negra, concluyeron su descenso. Entre las sombras cómplices avanzaron los desconocidos invasores. A mediana distancia sobre la explanada, los soldados Cruzados aguardaron. Impacientes, intranquilos e inmóviles. Únicamente oían. Estaban atentos a la informe marejada de ruidos extraños que se aproximaba.

Mientras tanto, el soldado que había intentado rescatar a la Princesa se reunió con el que portaba al monarca y se dirigieron hacia el vehículo con orugas. Al llegar a éste, la desilusión fue absoluta, ya que hallaron únicamente restos humeantes. A los pocos segundos se acercó el resto del grupo, algunos con el exoesqueleto dañado y otros definitivamente, sin aquél. Unidos ya todos, pudieron caminar más velozmente hasta la escotilla por la que habían ascendido, dado que el tanque ya no se agitaba. Dos minutos más tarde, deambulaban por el interior del vehículo imperial,

dirigiéndose raudos hacia los pabellones de enfermería.

Sobre la explanada, los contingentes de seguridad permanecían quietos, prestando atención. No obstante, no por mucho tiempo. Ante el dilema de enfrentarse a un enemigo del cuál desconocían totalmente su composición y su disposición sobre el terreno, optaron finalmente por reaccionar con violencia. Obviaron cualquier clase de estrategia. Pese a que sólo escuchaban singulares sonidos entre las oleadas de humo, la orden general fue de abrir fuego. La larga dilación había concluido. Las ametralladoras apuntaron todas a la vez a los dos puntos de donde provenían los ruidos, y que era aparentemente la base de cada uno de los cohetes. En menos de un segundo, el repiqueteo monstruoso de esas centenas de armas inundó toda la tensa atmósfera del Parque. A pesar de ello, fue inútil. Sin poder verlo los militares cruzados, los cohetes activaron sus campos electromagnéticos, desviando los millares de balas que se elevaron como nubarrones de langostas inocuas. Desde las penumbras brincaron, entonces, figuras extraídas de una narración surrealista, abalanzándose sobre los soldados. Ellos miraban, boquiabiertos, los sorprendentes aparatos que se cernían sobre ellos. Eran varias tanquetas de cristal translúcido y muy brillante, semejante al cuarzo o al hielo transparente; eran unipersonales y se distinguía claramente al individuo que conducía cada una de ellas. Más atrás, caminaban hombres enmascarados que portaban un tanque de cerámica en la espalda y una manguera - conectada a éste- en sus manos. Al punto, los invasores contraatacaron. De los vehículos fueron expelidas extensas bocanadas de nitrógeno líquido que congelaban a tres o cuatro efectivos al unísono. Los enmascarados activaron sus mangueras y de ellas brotaron chorros de gas tóxico que alcanzaban hasta una veintena de metros. Los cohetes intensificaron el poder de sus imanes malditos. Incluso el tanque imperial vibró pasmosamente y todo trozo de metal pequeño fue arrastrado a varios metros de altura. Los militares Cruzados dispararon desesperadamente, pero el poder de los magnetos era tal, que no lograban apuntar correctamente sus armas de metal. Cada bala que era liberada por éstas, terminaba reuniéndose con las que ya se encontraban levitando, atrapadas por los campos magnéticos. El

desastre era total. Los Cruzados caían como moscas fumigadas, frente al impetuoso avance de un reducido grupo de agresores. Los supervivientes vanamente arrancaban o presionaban los inútiles gatillos.

Una sorpresiva brisa barrió parte importante de la gruesa nube de humo, y sólo permanecían retazos de aquella sobre la planicie. Desde el puente de mando de la Fortaleza Móvil lograron avistar, entonces, el desolador fracaso de los infantes. Con angustia, contemplaron la escena de pesadilla. El comandante Leigh despachó a otro soldado hacia la sala de control del supercañón, encargado de transmitir una nueva orden: disparar la portentosa arma contra las torretas de los cohetes, desde las cuales a él le parecía que emanaba el escudo electromagnético; de esta forma existiría alguna esperanza de autodefensa para las tropas.

En tanto, el pequeño grupo que rescatara al Príncipe, había arribado hasta los pabellones de atención médica. El monarca se encontraba sobre una camilla, a la que se aproximó el doctor. A la vez, acercó a la cabeza del monarca un aparato electrónico, rectangular, negro, un poco más largo que la palma de su mano, que emitía un agudo pito; comenzó a moverlo en círculos alrededor del cráneo del noble paciente, hasta que el pito cesó y brilló una luz verde en forma de triángulo en la punta del equipo. Presionó un botón azul y un holograma tridimensional se proyectó en el aire, el cuál correspondía a un exhaustivo scanner craneal e intracraneal. Tras revisarlo, el doctor señaló que no existía un daño grave; la persistencia del desmayo se debía a la asfixia producida por la nube de denso humo, y no al golpe, por lo que decidió administrar oxígeno a presión, ordenándole al enfermero que trajera la mascarilla con su tanque de suministro. Un minuto después de comenzar a introducir el gas en sus pulmones, el distinguido paciente comenzó a abrir los ojos paulatinamente. Su expresión demostró honda sorpresa, en primera instancia. Observó todo a su alrededor y, tras un parpadeo, pareció comprender todo lo sucedido. Se arrancó la mascarilla y vociferó:

-¿Dónde? ¿Dónde está la Princesa?

Desde la sala de mando del supercañón ya existía una vista clara de los cohetes, la batalla y la situación completa, gracias a un sofisticado juego

de periscopios coordinados, creados justamente en caso de que las videocámaras externas fallaran. El arma ya había sido cargada para un tiro. Los operadores vacilaban, dado que la orden expresa había sido derribar las naves, sin embargo, lograban distinguir tropas enemigas y consideraron que quizás ese constituía un blanco más inmediato. En ese instante, otro soldado enviado desde el puente de mando ingresó y repitió las nuevas instrucciones emitidas por el Comandante. Entonces, el artillero jefe fijó objetivo de manera manual. Una vez encuadrada la torreta del segundo vehículo enemigo, hundió la letal palanca de disparo. Un chorro de gas blanco fue expelido por cada una de las puntas del tridente, fundiéndose en una sola bola que estuvo suspendida medio segundo en la atmósfera a pocos metros de su origen; después, emisores laterales le aplicaron una formidable descarga electromagnética, como un rayo de tormenta, que convirtió a la esfera en un devastador rayo de plasma. Éste, que equivalía a casi cien relámpagos concentrados en una sola línea delgada, cayó directamente sobre la torreta, la que se esfumó al instante. Con ella, también desapareció la mitad superior del cohete. Un haz tangencial del mortífero cañonazo rozó cientos de frondosas copas arbóreas, incendiándolas.

El primer cohete encendió sus toberas y comenzó a elevarse nuevamente la oscura nube de humo y polvo. Parecía que éste hecho hubiera sido una llamada de repliegue para las tropas invasoras, porque a gran velocidad aquéllas corrieron hacia los navíos. En la sala del cañón de la Fortaleza Real concluyeron que era imposible efectuar nuevos disparos si la oscuridad se extendía otra vez. Por eso, sin mediar orden alguna, por exclusiva iniciativa propia, un segundo ataque surgió de la extraordinaria arma, antes de que los periscopios resultaran enceguecidos. Esta vez el tiro fue dirigido hacia la parte inferior del segundo cohete, con gran efectividad. En un abrir y cerrar de ojos, la mayor parte de la estructura enemiga se esfumó, saltando hacia todos lados millones de chispas y astillas metálicas. Sólo las toberas, los ganchos aferrados al piso y gran parte de los motores permanecieron completos, aunque envueltos en llamas y descargas eléctricas. Un tercer intento de disparo resultó frustrado, porque las sombras se cerraron rápidamente sobre la zona de batalla.

Envueltos por las penumbras y el calor de los gases emanados por el primer cohete, todos los invasores abandonaron la pelea, abordando la rampa del cohete sobreviviente, en medio de una desesperada estampida. En un vagón de transporte, tan translúcido como la tanqueta de asalto que lo arrastraba, se llevaban a la soberana. Unos soldados cruzados la distinguieron y corrieron en su auxilio. Un par consiguió trepar hasta su lado, pero de inmediato, una ráfaga de nitrógeno los envió a mejor vida. Muchos otros soldados siguieron el ejemplo de aquéllos mártires y treparon a través del tobogán de acceso al cohete, interrumpiendo el avance del carro que transportaba a la noble prisionera. Sin embargo, una nueva y más feroz andanada gélida los forzó a brincar a tierra nuevamente.

Las amarras de los ganchos fueron desprendidas de la astronave y se precipitaron a tierra junto a aquéllos. El escudo electromagnético cesó su funcionamiento. Los últimos agresores lograron apearse. En el interior de su prisión transparente, Alcione gritaba con furia, pero no podía hacer nada por hallarse atada y custodiada por un par de enmascarados.

Al oír el golpe de los cables, algunos cruzados supusieron que ya podían utilizar sus metralletas, apuntando de inmediato hacia el cohete y los invasores.

El primer navío comenzó a elevarse con lentitud, en medio de una, realmente, muy tenue lluvia de balas; a decir verdad, no habían sobrevivido muchos efectivos. La rampa se retrajo, con la soberana y algunos invasores aún sobre ésta. Un segundo antes de que se despegara del suelo, un puñado de soldados de la Cruz Austral brincó hasta su superficie. Comenzó el fuego cruzado, pero esta vez las bajas fueron del bando invasor. Un par de valientes efectivos rompió una de las puertas de cristal del transporte que aprisionaba a la Princesa. Inmediatamente ajusticiaron a tiros, tanto a sus custodios como al conductor, quienes intentaron resistirse. En ese instante, desde la compuerta de acceso al cohete, al final de la rampa, se asomaron tres cañones de cristal. Vomitaron toda su carga hacia un solo objetivo: los soldados restantes, que combatían con sus metralletas fuera del vagón. Éstos se desplomaron, congelados. La batalla cesó, el puente se hundió completamente en el vientre del cohete y éste pudo activar toda la potencia

de sus motores.

La soberana y los soldados cruzados que habían logrado penetrar al vehículo con ella, siguieron toda la escena con desesperanza. Estaban ahora solos en el interior de una nave enemiga junto a un millar de asesinos y su peculiar armamento. La Princesa sobreviviría, porque era demasiado importante, pero los militares sabían que no vivirían ya por mucho tiempo... Y no se equivocaron.

En la Fortaleza Móvil, el soberano terminó de despertar totalmente. Sus soldados le relataron el desarrollo de todos los eventos con la mayor cantidad de detalles que lograban recordar.

-Debemos dirigirnos al puente de mando, rápido - ordenó con voz gutural -. ¿Saben si hay refuerzos en camino?

Los demás simplemente se miraron entre ellos y con respuestas dubitativas le aclararon que en verdad, lo ignoraban. El monarca se incorporó de un salto y echó a correr, sin mirar atrás.

- ¡Soldados! ¡Sígueme! ¡Voy al puente!

-¡Sí, señor!-corearon ellos.

En las afueras del Parque se encontraba la contestación a la última pregunta. El mensajero enviado por las fuerzas de seguridad interior se había contactado hacía poco con los oficiales a cargo. Su descripción de la situación era atemorizante y extraordinaria, pero lo suficientemente detallada. En una reunión relámpago, aquéllos soldados de alto rango, decidieron comunicarse con la base aérea más próxima. Llamaron y solicitaron enfáticamente que se enviara un escuadrón numeroso de aviones, a diferencia del primer exiguo destacamento, ya desaparecido. Al finalizar tal comunicación, acordaron que sus propias fuerzas penetraran en el Parque Santuario, de todas maneras. Así, comenzó un ordenado ingreso por etapas. Primero avanzó la caballería blindada, compuesta sólo por tanquetas y jeeps reforzados. La idea era que despejaran el camino de posibles atacantes y lo iluminaran para quiénes venían atrás. Una vez que todos estos vehículos desaparecieron más allá de la entrada, los secundó la infantería, encendiendo bengalas, linternas, improvisadas antorchas y cualquier objeto que ayudara a mejorar la visión en esas agitadas

penumbras.

Entretanto, de un sopetón, el monarca apareció en el puente, siendo recibido con gritos de júbilo. El Comandante, Sebastián Leigh, se le aproximó una vez que aquél se hubo apeado, y le estrechó la mano. El oficial era un hombre alto y corpulento, de piel morena, cabello oscuro, mirada inquisidora y risa fácil; conocía hacía mucho tiempo al Príncipe, desde la escuela premilitar, donde habían trabado estrecha amistad.

-Su Majestad, es un gran alivio verlo sano y salvo - dijo con voz alegre, sin tutearlo, porque a pesar de su cercana relación, su alto compromiso castrense lo llevaba a respetar el protocolo.

-Gracias. ¿Se sabe algo de la Princesa?

-No, nada

-¿Hay refuerzos?

-Lo ignoramos, el humo lo cubre todo y las comunicaciones están cortadas.

-¿Hay muchas bajas?

Antes de responder, el Comandante carraspeó nerviosamente, buscando las fuerzas suficientes para decir:

-Por lo que hemos visto, que ha sido sólo durante un breve lapso, estamos frente a una verdadera masacre.

Se produjo un silencio fúnebre. El Príncipe no pudo disimular una expresión de horror. Trató de recobrar de la impresión y preguntó:

-¿Quién nos ha atacado?

-No lo sabemos. Pero utilizaron, aparentemente dos antiguos cohetes de asalto, de los usados para transportar tropas comando durante el conflicto de las Islas Caribe. Derribamos a uno de ellos.

- Simples cohetes antiguos...Pero...Parece que cuentan con alta tecnología de interferencia.

-Así es-asintió Sebastián-. Han logrado inutilizar nuestros equipos radiales y repeler todos los ataques convencionales.

-¿Y qué es lo que hay tras la nube en este momento?

-No sabemos. Estamos a la espera de que alguien de afuera pueda contactarnos por alguna escotilla.

-¿Y por qué no salir?

-Es muy arriesgado todavía, Su Majestad. No se puede ver lo suficiente.

El primer cohete había permanecido suspendido a una docena de metros de altura, expulsando una gran cantidad de gases propulsores, los que levantaban una terrible borrasca. Sin embargo, activaba al mismo tiempo los cohetes de retropropulsión. La idea era crear una densa cortina de humo y polvo, manteniéndose estacionado en vuelo. Aguardaban que sucediera algún acontecimiento indeterminado.

Al avanzar lenta y precavidamente, los refuerzos hallaron mayoritariamente un panorama lúgubre, de incontables gargantas atrapadas en un silencio eterno y muchas otras a un paso de ello. Se toparon con escasos heridos capaces de todavía de articular suficientes explicaciones. Ante su aún reducido campo visual, el desastre era absoluto.

En los cielos, girando en amplios circuitos de espera e impulsados por sus potentes reactores de hélices en cadena, aguardaban instrucciones un grupo de aviones caza. Su fuselaje triangular, flanqueado por cortas alas en forma de flecha invertida, revelaba que se trataba de ejemplares del último modelo creado por la Fuerza Aérea Cruzada. Los pilotos esperaban instrucciones, mayor información. Existían pocas certezas, entre ellas, el paradero de sus predecesores. Un dron había encontrado, hacía muy poco, los restos humeantes de los aviones desaparecidos. Sin embargo, luego se había perdido contacto radial con éste mismo. Lo mismo sucedía con todo ingenio que se aproximara a menos de quince kilómetros del escenario de Mandu'a Tupasý.

A prudente distancia y altura, un reactóptero radar exploraba la "zona ciega" y detectaba por lo menos cuatro objetos de gran tamaño sobrevolando el escenario. Reportaba a los pilotos de combate tres grandes cuerpos a gran altitud y uno a escasos metros de la superficie. Sin embargo, los aludidos informaban, con gran sorpresa, que las imágenes con zoom de las cámaras externas no los mostraban, sino sólo la gigantesca humareda de allá abajo. La aeronave espía captó un movimiento descendente de los tres cuerpos invisibles y lo notificó por radio. Se tomó, entonces, una arriesgada

decisión.

-Derribar objetivos- fue la orden-. Probable fin de la comunicación radial. Precaución. Dios salve a los Príncipes.

Esta instrucción conduciría a una muerte casi segura. Pero el nivel de alarma era el de alerta roja, es decir, ataque directo a los monarcas y probable muerte de ellos. Esta era la mayor amenaza a la seguridad nacional, poniendo en jaque a la libertad y el estilo de vida de los pilotos. Por lo tanto, no dudaron en coordinarse y fueron ingresando al perímetro aéreo del Parque, de a uno, en fila india, con la verbalizada idea de no perder contacto visual entre ellos.

El primer caza abrió fuego al aproximarse a uno de los objetivos invisibles, disparando ráfagas de metralleta y simples cohetes de advertencia, dirigiéndolos hacia las coordenadas y altitud transmitidas por la aeronave espía. Inmediatamente se oyó un estruendo semejante a una quebrazón de vidrios, inaudible para los pilotos, pero que provenía del misterioso cuerpo atacado. En el punto donde el radar señalaba que éste flotaba, ocurrió un hecho asombroso. Comenzó a develarse un cohete pintado con el camuflaje militar de alta montaña. Era como si una mano gigante lo hubiera dibujado paulatinamente en la atmósfera, principiando por el extremo superior, continuado de a poco con el fuselaje multicolor, los tanques de combustible y finalmente las redondeadas toberas. Al mismo tiempo, una lluvia de minúsculos aparatos cayó desde los alrededores de la cosmonave hacia tierra. Los tiros del caza habían destruido suficientes nanocámaras voladoras como para anular su sofisticado sistema de camuflaje, deteniendo la proyección holográfica que ocultaba al navío aeroespacial.

Sin embargo, desde la nada, surgió una lluvia de esferas flamígeras que derribaron a ese primer caza Cruzado, luego a un segundo y aún a un tercero. El cuarto emprendió la huida hacia el firmamento y le siguieron los demás, evadiendo ráfagas de balas candentes que brotaban del aire vacío y, luego, también desde el cohete descubierto.

Aquél cuarto caza se lanzó en picada, disparando metralletas y misiles hacia la atmósfera clara. El resto de las aeronaves de combate comprendieron que el cuarto piloto replicaba los actos del primero - ya

caído- y agredía a otro de los objetos invisibles. Al principio falló, debido a que se guiaba únicamente por la percepción visual, trasladando a un mapa mental, las coordenadas mostradas por los radares momentos antes de entrar a la zona "ciega". No obstante, un ulterior intento fue coronado por el éxito y presenció como el resto de los aviones repetían triunfalmente su estrategia con los otros dos objetos, destruyendo también el manto de nano-cámaras que los ocultaban. Así, aparecieron ante la luz del mundo, otras dos cosmonaves bélicas, coloreadas con el camuflaje militar selvático una, y con el nocturno la otra, es decir, de impecable negro.

Sin perderse de vista, los cazas efectuaron temerarias evoluciones acrobáticas para evadir las armas flamígeras. Dispararon en repetidas ocasiones, pero los cohetes habían activado ya sus escudos electromagnéticos. Entonces el cuarto avión ascendió aún más. Los demás fueron tras él y permanecieron dando vueltas en círculo mientras tramaban una estratagema.

Los cohetes comenzaron un parsimonioso descenso. Al mismo tiempo, lanzaron ráfagas de su artillería incandescente, esporádicamente, hacia el sorpresivo grupo de buitres metálicos que los sobrevolaban. Mientras ellos bajaban, la nave que transportaba a la soberana, empezó a ascender, acudiendo al encuentro de sus aliados. Al suceder esto, la gran polvareda se tranquilizaba progresivamente. El humo también iba esfumándose por efecto de las tibias brisas. Corto lapso más tarde, era posible atisbar, desde el tanque imperial, a la cosmonave secuestradora reuniéndose con los tres inesperados visitantes.

Con una voz que denotaba gran pesar, el monarca exclamó:

-Si mi Alteza Imperial Alcione no ha muerto, la llevan en ese vehículo.

El Comandante Leigh lo miró un momento y luego musitó:

-Nuestra única defensa efectiva en este momento es el cañón de plasma y si le disparamos a ese cohete, la asesinaríamos.

Su majestad, Gael, no respondió de inmediato. Luego, cabizbajo, sentenció:

-Lo sé. No podemos hacer nada.

De pronto, Gael II alzó su rostro, iluminado por una idea repentina.

-Podríamos atacar a los otros cohetes- exclamó.

-¡Buena idea! - replicó el Comandante con aire alegre-. ¡Quizás así se sientan intimidados, abdicquen de su misión y traigan de vuelta a Su Majestad!

El Príncipe lo escuchó y observó a través de la escotilla mayor del puente, examinando el ascenso de las cosmonaves. De pronto exclamó:

-¡Se detienen! ¡Miren! ¡Los aviones de nuestro ejército les disparan!

El Comandante se volcó hacia la ventana.

- Es verdad, su alteza.

-Despachen a alguien hacia la sala del cañón, ¡ya! ¡Que abatan a los cohetes de escolta! ¡Rápido, rápido!

-¡Teniente Chomsky!-llamó Sebastián-. ¡Corra!

El aludido era un joven bastante alto, muy delgado, de mirada ingenua, piel blanca y cabellera negra. Se levantó desde su asiento frente a uno de los computadores que controlaba los motores y contestó:

-¡A su orden, mi comandante!

Raudo, como un bólido inició en el mismo instante una loca carrera.

En lo alto, los pilotos principiaron un ataque total hacia las cosmonaves que se elevaban. El protocolo de respuesta bélica indicaba claramente que ninguna nao extranjera que hubiera derribado un avión Cruzado podía salir del territorio imperial sin recibir un ataque proporcional. Por lo tanto, no les permitirían escapar fácilmente.

Los cohetes, al verse acorralados por el bravo fuego de los cazas, activaron las retro-turbinas, permaneciendo suspendidas en el aire. Encendieron los invisibles escudos magnéticos y descargaron mortales ráfagas flamígeras hacia sus agresores. Las incontables balas fueron neutralizadas con facilidad por el portentoso electro-magneto que cada vehículo foráneo poseía; los misiles eran más difíciles de domeñar, debido a que poseían autopropulsión, superando la fuerza repelente de los escudos, sin embargo, las bolas de fuego los destruían en los aires. Los desconocidos atacantes parecían invulnerables. Aún peor, consiguieron abatir otros dos cazas; las ráfagas incandescentes fundieron en el aire parte de sus fuselajes, convirtiéndolos en informes masas al rojo vivo, luego disgregadas en miles

de astillas candentes por una seguidilla de disparos de remate.

En el puente de mando de la Fortaleza Móvil, gritaron, impotentes, al contemplar el cruento espectáculo de chispas, fuego e impotencia.

-Poseen realmente armas muy poderosas - masculló el Príncipe y agregó -¿Qué habrá sucedido con el Teniente? ¿Habrá llegado al control del cañón de plasma?

Justo en ese segundo, John Chomsky arribaba a la sala con tal velocidad que no alcanzó a frenar totalmente y se tropezó con el marco de la puerta, cayendo de bruces. Incorporó la cabeza, y ante la mirada sorprendida de los técnicos, gritó:

- ¡Disparen! ¡Derriben los cohetes, menos el que va al medio... es el que lleva a Su Alteza! ¡Orden directa del Príncipe!

Atónitos ante la caída del mensajero, los controladores no habían reaccionado en el acto. Pero su posterior aullido los obligó a dar un respingo y brincaron con premura hacia el panel de carga. Cinco segundos eran necesarios para acumular energía y gas suficientes. Cinco sobrecogedores segundos que marcharon a paso interminable. Sin embargo, concluyeron.

En el puente de mando hubo una exclamación de júbilo. El primer tiro fue propinado finalmente, de modo muy certero, y vaporizó al cohete de escolta situado al noroeste del que aprisionaba a la soberana. Otros cinco segundos después, un siguiente disparo destruyó a la cosmonave que levitaba al sureste de éste último. No obstante, fue menos acertado, porque sólo difuminó las toberas y la mitad del fuselaje; de todas maneras, el resto del ingenio se desplomó en varios trozos que ardían en llamas.

La respuesta no tardó en llegar. La cosmonave negra apuntó su cañón flamígero hacia el tridente de donde surgía el plasma y una feroz andanada de bolas candentes impactó directamente en su superficie. La fortaleza móvil vibró terriblemente, como en medio de un ominoso sismo. El personal de la sala de control se arrojó al piso, debido a que las portentosas llamas azotaron los vidrios blindados de las escotillas, elevando la temperatura ambiente extraordinariamente. Todo objeto que no estuviera soldado al piso, se desplomó por efecto de las vibraciones. En el puente de mando, quien no hubiera estado aferrándose a una manilla o saliente, terminó en el

suelo, incluido el soberano.

Empero, el incendiario ataque cesó repentinamente. El Príncipe se alzó y fijó su vista en el cohete negro. De aquél surgía una gran columna de humo con tintes rojizos y grisáceos, muy agitada. Al dirigir las bolas de fuego hacia el tanque, había perdido su protección anti-misiles, por lo cual, uno de éstos consiguió alcanzarle. Ahora, nuevamente utilizaba su arma de calor como escudo, aunque aparentemente ya era muy tarde, porque se bamboleaba en el aire, como un ogro que perdió el equilibrio. Además, la propulsión gaseosa de las toberas pestañeaba, revelando un severo daño a sus motores.

Los soldados de la sala de control se reincorporaron y revisaron todos los indicadores.

- No podemos disparar - concluyó uno.

-¿Por qué?-interrogó el teniente Chomsky.

-Los tubos – respondió con voz entrecortada otro de los oficiales- ... que conducen el gas caliente... están a una temperatura muy elevada ahora, aunque los disipadores de calor, los ventiladores y los líquidos refrigerantes están trabajando a tope.

-Si abrimos fuego ahora -interrumpió el especialista que tomara primero la palabra- el tridente se fundirá, y todo su contenido se esparcirá sobre la superficie de la misma fortaleza.

-¡Sabían exactamente donde dispararnos para anular el cañón, entonces!- concluyó el teniente.

-Así es. Exactamente - sentenció el primer técnico, con voz sombría.

En el puente de mando ya todos se encontraban de pie y contemplaban la feroz batalla aérea con la esperanza de que los cohetes fueran detenidos. Suponían que el cañón de plasma estaba destruido, porque desde su escotilla conseguían divisar el magnífico tridente aún prisionero de un feroz incendio multicolor. En tanto, los refuerzos de infantería, arribados desde el exterior, se encontraban ya a corta distancia y también observaban con ira e impotencia al dañado tanque real.

Los pilotos continuaban su ataque incesante, pero sabían que las municiones ya escaseaban y que pronto deberían escapar. En tanto, la

astronave negra, empezó a descender lentamente, seguramente muy averiada como para permanecer en el aire. Los cohetes restantes, al contrario, se elevaron, muy despacio al principio y luego cada vez más rápido.

-¡No!-aulló el Príncipe-. ¡Se van!

Todos, a su alrededor, permanecían mudos y atónitos.

-¡Vamos!-continuó Gael-. ¡Abran fuego! ¡Intenten algo!

-Está bien-respondió el comandante Leigh-.Que todas las metralletas y lanzagranadas apunten al cohete escolta -ordenó y se volvió al monarca-.Es lo único que podemos hacer.

-Está bien - asintió Gael.

-Comandante Leigh, batería en orden- señaló un soldado.

-¡Fuego!

El soldado, sentado frente al panel holográfico que manipulaba las armas convencionales, introdujo el código de disparo. Diez mil asesinos metálicos arrojaron su brutal contenido, en una ofensiva casi tan poderosa como una bomba de uranio. El cohete se vio obligado a desviar todo su poder eléctrico al escudo, por lo que su cañón flamígero debió cesar funciones. De este modo consiguió anular la incesante descarga de la fortaleza.

Uno de los pilotos advirtió la desprotección del navío invasor, pero ya no contaba con misiles. Supuso que tampoco sus compañeros, porque ya habían transcurrido varios segundos sin que nadie utilizara ninguno. Una asombrosa idea cruzó su apabullada mente. Pensó que se trataba de una insensatez sin límites, que cualquier tribunal militar sancionaría. Pero se trataba de una circunstancia extraordinaria, ya que el Imperio mismo se hallaba en una situación de máximo peligro...Y en esta clase de ocasiones, las locuras pueden convertirse en un acto heroico. Entonces, dirigió su avión con rumbo al cohete, acelerando a máxima velocidad y cuando estuvo seguro de que el rumbo de colisión era correcto e inevitable, presionó el botón de eyección. Su silla se proyectó por los aires, activándose las hélices de emergencia automáticamente. Pocos minutos más tarde se el piloto se encontraría en tierra. Días después, su acto demencial le valdría una

gratificante condecoración.

No obstante, en ese momento, el soberano y los demás observaron como el avión se aproximaba al cohete y antes de impactar con su superficie, chocaba con las granadas suspendidas en la atmósfera por el escudo magnético, generando una tremenda reacción en cadena que incineró el fuselaje en un abrir y cerrar de ojos. Inmediatamente, el mismo caza se estrelló contra uno de los tanques de combustible situado al costado del vehículo. La doble explosión fue ciclópea. Su onda expansiva fue tan poderosa que el cohete negro terminó de desplomarse, resquebrajándose estruendosamente. Entonces, la agrietada mole envuelta en llamas se precipitó en una larga espiral sobre el bosque, que concluyó a varios kilómetros, estallando con el gigantesco choque un terrible incendio forestal.

Mientras tanto, el cohete que llevaba a la Princesa desactivó su protección electromagnética y emprendió rumbo hacia las alturas. Los aviones se habían alejado para evitar caer debido a la severa turbulencia generado por la destrucción de la cosmonave oscura, y para cuando volvieron a aproximarse lo suficiente, ya era muy tarde. El Príncipe ordenó disparar todo el armamento convencional, lo que se acató con encono y precisión matemática; pero el cohete ya atravesaba la tropopausa. Un Caza lo persiguió arriesgadamente hasta los lindes de la estratosfera. Al llegar a esa distante altura, el piloto constató que su aeronave ya prácticamente no poseía reservas de energía, y que además perdía empuje por la baja densidad atmosférica. Por otra parte, el avión se encontraba ya absolutamente desarmado y severamente dañado por las bolas de llamas enemigas. Se vio forzado a saltar en paracaídas, logrando salvar su vida por muy poco. Lamentablemente, en ese momento, la cosmonave secuestradora había desaparecido de su vista.

Por lo tanto los ignotos invasores habían logrado dar un drástico golpe a la seguridad del Imperio. Y aunque aparentemente no habían conseguido su objetivo completo, para Gael II, la Crux del Sur acababa de perder a su más bella estrella.